

ÁLVARO BISAMA

DESLIZAMIENTOS

Crónicas y Ensayos



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Nota preliminar	11
Fábulas de reconstrucción	13
¿De qué hablamos cuando hablamos de correr?	25
JMB	29
Perro negro	31
Un lugar en la noche	33
La revolución sí será televisada	37
El rostro	47
La noche fría y González canta	49
Fuga en el parlante	53
Álvaro.	55
¿Es esto pop?	61
Pequeñas grandes estrellas.	63
La sombra sobre la pared.	67
Esta sí es mi casa	69
Las cosas han cambiado	73
Jugando pichanga con cabezas	75
Doble opuesto	79
La aventura y la casa	83
El trazo.	87

Ciudades secretas	95
Días perros.	101
Ectoplasma	103
Antiboom.	107
Lo que cabe en la mirada.	117
Un funeral en Nueva York	119
La friend zone.	121
José María, Roberto y Nicanor	123
Literatura de horror	127
Lo lloraremos como a los héroes muertos	129
El país al que van los muertos	133
Apuntes sobre Germán Marín	137
Soul & Zen.	147
El peladero	159
1996	167
La historia de la televisión	169
La Virgen de Pinochet	173
Fotos.	189
Mi otra letra.	209

Para Lucía y Adolfo

NOTA PRELIMINAR

Los ensayos y crónicas de este volumen fueron escritos a lo largo de los últimos quince años. Buena parte de ellos fue publicada en los siguientes medios: la revista *Qué Pasa*; el suplemento *El Semanal* y la sección de espectáculos del diario *La Tercera*; la página web de la Biblioteca Nacional de Chile; el semanario *The Clinic*; la antigua Revista de Libros de *El Mercurio*; las revistas *Etiqueta Negra*, *Anfibia* y *Letras Libres*; el suplemento *Radar* del diario argentino *Página 12*; la página *Paniko.cl* y las revistas *La calabaza del diablo* y *Ciudad Invisible*. Sobre el resto, “Jugando pichanga con cabezas” fue incluido como uno de los apéndices de *Pájaros Negros* de Patricio Jara, primer volumen de su historia del metal extremo chileno. “El trazo” fue el prólogo a la reedición de *Roma, la Loba*, el cómic de Enrique Lihn. “Ciudades secretas” fue leído en la presentación a *El viaje de Antón Páez*, novela de Pedro Prado, realizado en la Biblioteca Nacional el año 2015. “El peladero” fue leído en el seminario “El circo en llamas”, organizado en Valparaíso, en octubre de ese mismo año. “Anti-boom” fue leído en el “Carlos Droguett: nuevas lecturas”, organizado en la Biblioteca Nacional, en diciembre de 2012. Finalmente, “Fotos” fue escrito para *Volver a los 17*, el volumen colectivo que editó Óscar Contardo con textos autobiográficos de escritores jóvenes chilenos a la luz de los 40 años del golpe de estado.

FÁBULAS DE RECONSTRUCCIÓN

Dos pájaros.

La primera versión, la de Carabineros de Chile, dice eso.

A las 16:15 horas de la tarde del sábado 12 de abril dos aves se posaron en un cable del tendido eléctrico que cruzaba el fundo El Peral, en las afueras de Valparaíso. El viento, que estaba fuertísimo, sacudió esos cables. Los electrocutaron. Las chispas saltaron al suelo, volaron por los pastizales. Desde una torre de observación de la CONAF, un funcionario vio una columna de humo y la reportó. El incendio se había iniciado. El viento sur hizo que tomara fuerza. El fuego avanzó desde atrás y cruzó el camino La Pólvora, que sirve de *bypass* para los camiones que entran y salen del puerto. Luego empezó a rodear la ciudad y a devorar los cerros. Desde abajo, desde el plan, se veían llamas gigantescas que funcionaban como una corona anaranjada. La televisión capturó en directo esas imágenes. Al otro lado, desde la carretera se podía ver un hongo atómico elevarse. El humo negro y las cenizas cayeron sobre la bahía. El fuego se volvió incontrolable. Las compañías de bomberos locales dejaron de dar abasto, en las partes altas no había grifos y la velocidad del viento impidió que los aviones cisterna pudieran volar para controlar las llamas desde el cielo. Se sumaron compañías provenientes de Santiago, de Rancagua, del resto de la región. El fuego bajó por las quebradas, que estaban llenas de desperdicios y basura, de hojas secas, que no habían sido limpiadas en años.

Llegó la noche.

Los cerros ardieron.

El fuego arrasó los cerros Mariposa, La Cruz, El Litre, Las Cañas, El Pajonal, Ramaditas.

La ciudad se volvió un infierno. La Armada tomó el control de la ciudad, decretó ley seca y cerró los locales nocturnos. El domingo, la presidenta Michelle Bachelet y su Ministro del Interior viajaron a Valparaíso.

El domingo, durante el día, el fuego empezó a calmarse pero dejó a la vista las imágenes de destrucción. La ciudad había sido bombardeada.

El fuego mató a 15 personas, devoró 2.900 viviendas, y dejó en la calle a 12.500 porteños.

Una parte importante de las víctimas fatales fueron ancianos que quedaron calcinados al no alcanzar a salir de sus hogares.

El domingo en la tarde, Mónica Pérez, periodista de TVN, le preguntó a una pobladora por qué vivían ahí, en el cerro. “Los pobres no elegimos dónde vivir” respondió la pobladora. En Ramaditas, la misma Mónica Pérez describió la tragedia de la siguiente forma: “El incendio de Valparaíso es como un gran asado”.

Esa noche el fuego se reactivó, como si no quisiera irse, como si estuviera vivo de alguna forma y fue imposible no recordar que los changos, los aborígenes que habitaban la bahía cuando llegaron los españoles en 1536, llamaban al lugar “Alimapu”.

En lengua mapuche, “Alimapu” significa “tierra quemada”.

La historia de Chile podría contarse por medio de sus catástrofes, antes que de sus revoluciones. La relación de Chile con el desastre es cercana e íntima, empapa la vida cotidiana como si fuera una sombra o una amenaza constante. El país, cada cierto tiempo, debe reconstruirse de nuevo. La mayoría de los chilenos ha vivido uno o dos terremotos, ha visto todo lo que lo rodea en el suelo, ha escuchado relatos familiares que se hilvanan así, como si cualquier catástrofe fuera algo cotidiano. Esa condición es endémica y condiciona al desastre como algo inminente o posible. Y cuando aquello se ha olvidado, estos vuelven con fuerza, como pasó en 2010 cuando un terremoto grado 9 arrasó la mitad del país.

Ahora mismo, en el plazo de dos semanas, se cuentan dos terremotos y un megaincendio. Hay que agregar que la inesperada sincronía de los últimos (en 2010 se celebraba el Bicentenario; este mes Michelle Bachelet comenzaba su segundo período presidencial con eventos del orden público) solo aumenta la feroz perplejidad que puede provocar el

asunto. Porque parece inverosímil y exagerado, trágico y triste, pero es así. La supuesta estabilidad política del país está cruzada por fuerzas de la naturaleza impredecibles. Cada chileno es un sismólogo aficionado, un experto en la rutina improvisada de la emergencia. Todo lo que conoce puede desaparecer, gracias a los terremotos, la erupción de volcanes, los maremotos y, ahora, el ataque del fuego.

Si se atiende a la explicación de los peritos, por más que suene inverosímil, el incendio del sábado 12 de abril fue puro azar. Un cortocircuito y un desastre inconmensurable alimentado por la mala planificación urbana, el viento y la mala suerte. Los afectados fueron fundamentalmente lugares que están más allá del sector turístico de la ciudad. Barrios donde viven los verdaderos porteños. Zonas donde los discursos del turismo y el patrimonio solo llegan como ecos lejanos de algo que se vive abajo, en el plan.

El incendio devoró algo que está más allá de la cámara del turista, algo que es solo un punto lejano en la postal que tenemos de la ciudad. Que se trataba de un desastre anunciado, sí, es verdad. Que todos sabían que podía pasar, sí, también es verdad. Había varios informes de diverso cuño (de arquitectos, de funcionarios de la municipalidad) avisando que podía ocurrir, pero aquello no atenúa que en cerros como Ramaditas, El Litre, Mariposas o la Cruz, todo lo que era cotidiano se convirtió en una zona de guerra. El fuego no solo acabó con las poblaciones construidas de modo precario sobre tomas de terreno sino también con los barrios residenciales de una clase media que la ciudad nunca ha visto de frente, preocupada como está de funcionar como una especie de museo a cielo abierto.

El incendio desnudó el verdadero rostro de Valparaíso, ese que solo aparece cuando la máscara del patrimonio se cae al no alcanzar a resolver la narración de un espacio colectivo. Así, el incendio triunfó ahí donde los narradores y los poetas y los arquitectos y los nostálgicos de la ciudad han fracasado: describir Valparaíso. El incendio sacó a Valparaíso del peso de la historia. Lo devolvió al presente. Expuso con precisión

lo que ha pasado los últimos 10 años, lo que ha sucedido en la ciudad desde que la declararon patrimonio de la humanidad.

Por supuesto, se trata de un relato accidentado, lleno de aristas. En el año 2003, la UNESCO declaró “Patrimonio de la humanidad” a los barrios históricos del puerto de Valparaíso, cosa que se celebró con una gran fiesta en la plaza 21 de Mayo. En términos precisos, la declaración de la UNESCO significaba una inyección de más de 73 millones de dólares a la ciudad, por medio de préstamos del BID.

Aquel dinero nunca se vio en la ciudad realmente. Mientras el turismo patrimonial se convirtió en el foco de atracción que cambió los comportamientos inmobiliarios en los cerros Alegre y Concepción (subieron los precios de las propiedades y el lugar se llenó de hostales, hoteles boutiques y restaurantes) el resto de la ciudad quedó abandonada a su suerte. Ahí, la instalación de una multitienda y un hipermercado en las faldas del cerro Barón destruyeron el barrio comercial de la calle Quillota y las zapaterías que estaban en la avenida Argentina. Un incendio arrasó con una casona al lado de la antigua Iglesia de la Matriz. La casona fue demolida y se instaló un supermercado. El déficit municipal creció de modo exponencial: si en 2003 era de 7.3 millones de dólares, diez años después había subido a 63 millones de dólares. Mientras, escándalos de diverso tipo afectaron al municipio y al gobierno regional. El más importante era el que involucraba a Hernán Pinto (alcalde y principal cacique político de aquellos años) en el caso Spiniak, donde se lo vinculó con proxenetas que suministraban menores para fiestas privadas.

Mientras, la ciudad se quemaba, como si anunciara un desastre. Durante el año 2006, varios incendios afectaron a la excárcel de la ciudad, ahora convertida en un parque autogestionado. El año 2007, en el mismo casco histórico protegido, un cortocircuito y una fuga de gas volaron una cuadra completa de la calle Serrano. A comienzos de 2008, un incendio en el sector de Laguna Verde hizo que por días llovieran cenizas sobre la bahía. En septiembre del año 2010, la Iglesia de San Francisco (que era uno de los símbolos de la ciudad) se quemó. Ya se había quemado antes, en 1983. En abril del año pasado, un incendio arrasó con 35 casas y 40 hectáreas entre el cerro La Cruz y el cerro Mariposas. En agosto, la Iglesia de San Francisco se quemó de nuevo, por tercera

vez consecutiva. En enero de este año un edificio de la calle Condell, en pleno centro, se incendió llevándose, entre otras cosas, una inmensa videoteca de películas documentales.

En noviembre de 2013, a diez años de la declaración patrimonial, un observador de ICOMOS llegó a Valparaíso a elaborar un informe sobre el estado de la ciudad y fue asaltado por tres sujetos armados con golletes de botellas quebradas en el sector de Plaza Echaurren, en el centro exacto del casco histórico.

En la mañana del martes 15 de abril, dos días después del incendio, la avenida Argentina, en el plan de Valparaíso, está llena de voluntarios que suben caminando hasta los cerros a ayudar a la remoción de los escombros. En su mayoría, se trata de escolares armados con palas y carretillas. Las clases están suspendidas en la ciudad. Por el bandejón central de la avenida, donde los sábados y domingos se instala la clásica feria de la ciudad, se pasean militares vestidos de comando que miran tranquilos a los grupos de adolescentes caminar. El tráfico sigue normal. Las escuelas del sector se han convertido en albergues para los damnificados. Hace frío y huele a humo. Cerca de calle Colón, Virginia Reginatto, alcaldesa de Viña del Mar, conversa con algunos funcionarios: tiene estacionada una caravana completa de camiones aljibe, de retroexcavadoras, de camionetas. En algunas está pegado un cartel que dice “Viña del Mar ayuda a Valparaíso”.

Más allá está el Congreso de la República. En las fotos del sábado 12, en las panorámicas que circularon el domingo, aparece tal como siempre: como una isla de la pesadumbre arquitectónica que dejó el gobierno de Pinochet. Una mole blanca que se supuso que iba a ayudar a la ciudad, descentralizando al país y que en parte podía ser leído como el legado *kitsch* que el mismo Pinochet le dejaba a la ciudad donde había nacido. El Congreso estaba ahí, edificado sobre los que fueron los terrenos del viejo Hospital Deformes, como un modo de levantar la ciudad, de darle un nuevo aire.

No pasó.

El barrio El Almendral, el mismo sobre el que cronista Joaquín Edwards Bello escribió, siguió siendo lo que había sido siempre, un lugar de casonas antiguas que alternaban con talleres mecánicos, panaderías y locales de repuestos de autos; con el Mercado Cardonal al norte, el cerro El Litre al sur y con las calles Uruguay y Colón como otros ejes de circulación comercial y de tránsito. Ahí, en El Almendral, pareciese que la modernidad y la urgencia del proyecto de levantamiento urbano que la ciudad abrazó desde 2003 no llegó. Mientras, los cerros Alegre y Concepción se transformaron en el eje del turismo; y mientras el barrio puerto y la plaza Echaurren se convirtieron en el centro del interés patrimonial por parte de la UNESCO, acá todo siguió idéntico a sí mismo, funcionando a la sombra de un Congreso que no influyó en lo más mínimo y determinado por el movimiento comercial que las ferias libres (la de frutas y verduras en Avenida Argentina, la de antigüedades de la Plaza O'Higgins, la de la calle Uruguay, mucho más informal) han tenido desde hace décadas. De hecho, ahora mismo, en la Plaza O'Higgins los dos tiempos de la ciudad (el tiempo del incendio y el tiempo de la vida cotidiana de la ciudad) parecen resumirse. Si en un sector siguen las mesas de los jugadores ancianos de brisca que pasan sus tardes ahí, esperando que lleguen los miembros del club, al otro lado, más cerca del vértigo de calle Uruguay se instaló un pequeño campamento de cien personas que perdieron todo con el incendio.

El campamento está a espaldas de una escultura de metal de Bernardo O'Higgins donde antaño se ponían los fotógrafos de la plaza y al lado de la estructura vacía que sirve los fines de semana para que los anticuarios se instalen en la mañana del sábado y el domingo. Más allá está la pequeña feria de toldos que está cerrada y que sirve de centro de acopio. Al lado de cada carpa hay bolsas con ropa donada, botellas de ropa y víveres. La gente que se instaló acá llegó porque los albergues estaban llenos. Lo perdieron todo: las casas, las cosas. Sus mascotas quedaron calcinadas o se perdieron. Algunos están junto a amigos o parientes que vinieron a acompañarlos.

Ahora mismo, por el campamento se pasean autoridades de la ONEMI, de la Armada y la Municipalidad. La prensa está expectante. Las cámaras filman los detalles del improvisado campamento mientras voluntarios ofrecen comida, hacen curaciones e ingresan a los pobla-

dores en fichas. Anoche, el cantante Luis Jara se paseó con las cámaras de un canal de televisión. Desde el domingo que los quieren sacar. Se volvieron molestos, indeseables. Ahora mismo las autoridades negocian trasladarlos a un estadio que está en el cerro O'Higgins. No quieren ir. Se preguntan por qué el Congreso no les dio una mano, no los dejó quedarse ahí. No funcionó. El Congreso sigue al lado, silencioso, sin pronunciarse. La senadora Isabel Allende, del Partido Socialista, dijo que no correspondía abrir las puertas del edificio para que funcionara de albergue.

—Ahora llegaron, para puro salir en la tele —dice Gustavo C.

Gustavo mira las cámaras. Llegó el sábado. Venía descalzo, con el hermano y la madre. El hermano ahora está en una carpa. Trabaja en el Mercado Cardonal. Antes estuvo preso. Tiene la pierna rota. Se pegó en una vena mientras escapaba.

—No ha llegado nadie acá —continúa—. Ni un concejal, ni un diputado, menos el alcalde. Nadie. Por eso la gente está brava. El gobierno tiene plata. En vez de preocuparse, de tenernos un albergue, nada. Acá son los universitarios, la gente de los colegios, ellos son los que más se han preocupado de nosotros. Mi compañero de allá perdió la casa. Yo lo perdí todo. Se quemó todo. Yo vengo del cerro La Cruz. Los eucaliptos se secaron. Las lenguas de fuego atacaron todo. Nosotros nos vamos al O'Higgins. Esta mañana trabajé, para darle plata a mi mamá, que perdió todo. Yo estuve en la cárcel, pero llevo diez años sin meterme en nada. Me quedan dos meses para terminar de firmar y me voy a Europa, a ver a mi hijo.

El incendio sigue en alguna parte.

El incendio va a seguir siempre.

Valparaíso sigue quemándose en la memoria de la gente. Sigue en las pequeñas chispas que reptan y suben a las casas por las quebradas y de pronto las queman, como sucedió esta mañana de martes en el Cerro Mariposa, donde una casa ardió de modo inesperado. Sigue en las cenizas que están en el aire. Sigue en la sospecha de que la niebla matinal puede ser en realidad humo. Sigue en los avistamientos de fuego a lo

lejos, que pueden ser falsas alarmas: un hombre que coge los cables destruidos del tendido eléctrico y los quema, para despellejar el plástico y sacar el cobre, para luego venderlo.

Las historias se superponen. El relato del incendio no es individual, sino colectivo. Cada lugar arrasado es la historia de una vida que debe aprender a narrarse de nuevo. Algunas han salido en la prensa, como la de la pareja de ancianos que decidieron quedarse en su casa y se despidieron de su vecino, antes de ser devorados por el fuego. La inmensa mayoría no aparecieron en ninguna parte. Anoto algunas acá:

La del organillero que lo perdió todo y al que llegaron a ayudarlo otros organilleros de Santiago.

La de la familia que creía que no le iba a pasar nada a su casa y les prestó el garaje a los vecinos para que guardaran sus televisores. El fuego se llevó los televisores y la casa completa. Vino de todos lados, como una ola insoportable.

La del hombre que descubrió que una pieza de su casa estaba incólume, que el fuego había destruido todo, menos esa habitación donde se conservaban los muebles intactos, como si no hubiese pasado nada.

La del muchacho que se volvió loco porque se le quemó su casa pero también la de sus tres hermanos.

La de los futbolistas de Santiago Wanderers que perdieron la casa y que jugaron el domingo un partido con Colo Colo en Santiago. Perdieron 1-0. Colo Colo salió campeón.

La del hombre que vino de Paine a ver a su suegro, que lo desprecia. Su suegro perdió todo pero no le habla, ni lo mira.

La del hombre que trató de no perder a sus animales en el fuego: logró salvar a un caballo, pero los chivos que tenía quedaron calcinados, con las cornamentas en el piso al lado de los escombros.

La de todos los que pasaron en vela la noche del sábado, viendo cómo las llamas avanzaban a su alrededor, devorando el paisaje que conocían, mientras esperaban que no llegara a sus casas, que no los envolviera a ellos. La electricidad se había cortado. El aire era irrespirable; los cerros ardían uno tras otro, el fuego descendía hacia el plan, el sonido de un bombardeo montado con la percusión de balones de gas que estallaban casa tras casa.